

LA INMACULADA
EN LA EXPERIENCIA
DE LAS HIJAS DE JESUS

Clausura del Año Jubilar
Andoain – San Sebastián
9 de agosto de 1988

**LA INMACULADA EN LA EXPERIENCIA
DE LAS HIJAS DE JESUS**

Conferencia pronunciada por la M. Inés Laso,
Superiora General, en la Clausura del Año Jubilar

Andoain- San Sebastián 9 de agosto de 1988

Con la emoción propia de una familia que se reúne festivamente en torno al hogar y a la tierra que vio nacer a su madre, nos encontramos nosotras, como familia religiosa, aquí, junto a Berrospe y su entorno, lugar entrañablemente sagrado y querido para las hijas de la M. Cándida.

Y nos hemos reunido, a fin de concluir juntas -como juntas empezamos en Salamanca- este año jubilar, que ha sido realmente un año de gracia. Hoy, al clausurar la conmemoración de los 75 años de la muerte de la M. Fundadora los proyectos que hicimos al iniciarla son, en buen grado, realizaciones; y las esperanzas, posesión.

Uno de esos proyectos más significativos fue el de unir nuestro año jubilar a la celebración del año mariano, convencidas de que venerar a María, intensificar su presencia en nuestra vida y misión era un modo de dar gusto y de imitar a la M. Cándida.

Por eso, el pasado 9 de agosto os invité a conocer las líneas fuertes de nuestra espiritualidad mariana, y –una vez conocidas-a interpretarlas, leerlas y vivirlas desde la mariología postconciliar. Os decía entonces que actualizar nuestro modo de experimentar y anunciar a la Virgen podía ser un fruto fecundo del año mariano y jubilar.

Esta tarde, cuando las Hijas de Jesús que estamos participando en los actos de clausura, nos congregamos – todas y solas- para hacer memoria de la M. Cándida en un encuentro de hondo sentido familiar, yo deseo ofreceros la lectura actualizada de una de esas líneas de nuestra espiritualidad mariana, haciendo así sensiblemente presentes entre nosotras a María Santísima y a la M. Cándida.

Con nosotras están, asimismo presentes, Las Hijas de Jesús del mundo entero que, con un sentir mezcla de alegría y nostalgia, nos van siguiendo a distancia por Berrospe, Andoain, San Sebastián, Tolosa. Tengo la convicción de que las Hermanas de todo el Cuerpo congregacional viven hoy y mañana con su mente y corazón en Vasconia, mientras esperan con ilusión que les lleguen mensajes, imágenes, noticias de estas dos jornadas. La M. Fundadora tiene que estar contenta, porque la Congregación, aun en medio de sus defectos es, y se siente una en torno a ella; somos y nos sentimos sus hijas.

En este ambiente, voy a hablaros de «La Inmaculada en la experiencia de las Hijas de Jesús». Pienso que hablar de la Inmaculada es para nosotras tratar un asunto de familia con capacidad para darnos serenidad, satisfacción, alegría... Esta es la línea de nuestra espiritualidad mariana, que desearía en primer lugar, precisar según nuestras fuentes y la tradición y, en segundo lugar, interpretarla desde la mariología postconciliar.

PARTE PRIMERA

LA INMACULADA EN LA TRAYECTORIA HISTÓRICA DE LA CONGREGACIÓN

En las casi 400 veces que aparece María dentro de sus escritos, la M. Cándida la nombra preferentemente como la Inmaculada, la Purísima o la Virgen. En concreto, unas 111 veces la llama la Virgen y unas 100 Purísima o Inmaculada, sin incluir en el recuerdo «La Purísima Virgen nos cubra con su manto», modo de encabezar la mayor parte de sus cartas.

Inmaculada o Purísima es una denominación común entre las Hermanas en los primeros años de la fundación. Nombre que se mantendrá fielmente en la tradición, repetido con más frecuencia o casi exclusividad para referirse a la Virgen, cuanto más próximas a la M. Fundadora son las personas o sus documentos.

La Inmaculada con sus variantes, es en muchísimas ocasiones como el nombre propio que se le da a María. Y el nombre expresa y resume una corriente espiritual. Vamos a detenernos en ésta. Para ello, dividimos nuestra historia en dos tiempos: en vida de la M. Cándida y a lo largo de la tradición a partir de 1912.

1.- EN LA M. FUNDADORA Y NUESTRAS PRIMERAS HERMANAS

1. *Referencia al misterio.* La M. Cándida y las primeras Hermanas apenas desarrollan doctrinalmente lo que para ellas significa la Inmaculada. A lo más contamos con algunas frases breves como las siguientes: «...Inmaculada Concepción de María Purísima sin pecado concebida...» (D Sal 21, p.12); «...concebida sin pecado original...» (id); «...nuestra Purísima Madre; la sin par y encantadora Virgen María, sin pecado concebida» (D Sal 5, p.17).

Pero, aunque las referencias doctrinales sean tan pocas, podemos encontrar muchas pistas para entender algo de lo que fue su vivencia en relación con la Virgen Inmaculada.

2. *La Inmaculada, nuestra Patrona.* ¿Estará claro que lo es? Y ¿qué alcance tendría el serlo? Veámoslo.

Patrono, patronato, patronazgo... son términos acuñados con fundamento histórico y jurídico en la antigua Roma. Pronto pasaron también al terreno religioso, y

más en concreto a la hagiografía. En todo caso el patronazgo supone una relación entre personas, semejante de algún modo a la existente entre padres e hijos, relación permanente o duradera, que implica protección, ayuda y defensa por parte del patrono y, a su vez, adhesión, respeto y gratitud por parte de quien se acoge a él.

¿Cómo probar que, para la M. Cándida, María Inmaculada es nuestra Patrona? Podemos hacerlo de un modo muy sencillo, evocando algunos acontecimientos.

2.1. La Congregación comienza a existir, por voluntad expresa de la M. Fundadora, un día de la Inmaculada. Y para siempre quedaron en nuestros anales las expresiones reiterativas del P. Herranz sobre la Virgen y nuestro nacimiento. Las recordamos pausadamente.

«... bajo la protección de Jesucristo y de María Inmaculada, vienen a cultivar...»; «...Las Congregación Hijas de Jesús que, hoy mismo y con este acto, comienza a levantarse en la Iglesia bajo el amparo y tutela de la Virgen Inmaculada, cuya fiesta hoy celebramos...»; « ...llevando siempre por Estrella de vuestros caminos a María Inmaculada» (PH 7 y 8 de diciembre de 1871).

Protección, amparo, tutela, Estrella. Así es, todavía en promesa. María Inmaculada para las Hijas de Jesús, al comenzar nuestra existencia.

2.2. Unos meses después, la M. Fundadora tiene ya preparado el primer bloque, el más nuclear, de nuestras primitivas Constituciones. Sobre la base ignaciana, ha hecho algunas adiciones, especialmente significativas para nosotras por ser gestos expresos e intencionados de la M. Cándida. Entre ellas, destaco tres.

a) «...bajo el visible amparo y particular protección de la Inmaculada Concepción de la Virgen María...» (FI1). El sentido del artículo constitucional es que la Inmaculada, que fue amparo y protección de la Congregación en su comienzo, lo seguirá siendo en cada paso de su historia.

b) «...acordándonos que nuestra Madre y Patrona es la siempre Virgen Inmaculada» (FI 28). Sí; Ella es nuestro modelo de apertura a Dios en la castidad, ayuda, protección, defensa.

c) «El día ocho de cada mes, por gratitud a la Inmaculada Concepción de María... habrá ejercicios prácticos de virtudes, exhortándolas después la Madre a la abnegación de sí mismas y a las demás virtudes, principalmente a la unión y caridad fraterna » (FI 18). Es el artículo que recoge nuestra reacción, nuestra respuesta práctica a la Patrona. Se trata de conmemorar, cada día 8 de diciembre – primero de nuestra existencia-, con sentimientos de gratitud a la Inmaculada y con afanes de fidelidad a nuestro compromiso religioso.

2.3. Todavía en 1872, cuando el Sr. Obispo de Salamanca, Fray Joaquín Lluch y Garriga, el 3 de abril extiende el Decreto de aprobación de las Constituciones, escribe en él la siguiente afirmación: «Declaramos erigida bajo la advocación del Dulcísimo Nombre de Jesús y el Santísimo Patrocinio de la Inmaculada Virgen María, la expresada Congregación...».

Es el primer documento que recibimos de la Iglesia; nuestra aceptación oficial por parte de la Iglesia diocesana. Y en él junto al Nombre de Jesús queda constancia permanente de nuestra Patrona, la Inmaculada.

2.4. Después de este arranque en nuestro nacer, en las Constituciones y en la voz de la autoridad de la Iglesia de Salamanca- años 1871y 1872- viene todo un despliegue de documentos, en los que se refleja la misma línea mariana, con la espontaneidad propia de lo que es un hecho normal, ordinario de la vida.

«Será día de comunión la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, Patrona de la Congregación», dicen las primitivas Costumbres. «Hagan las fiestas y obsequios a nuestra Patrona, la siempre Purísima Virgen María, con todo fervor y solemnidad»; mañana tendremos la fiesta de nuestra excelsa Patrona y Purísima Madre», escribe la M. Fundadora en dos de sus Cartas (MF I 26 y II 55). «Diciembre es alegre para las Hijas de Jesús, que tienen por Patrona a la Inmaculada Virgen, cuya fiesta se celebra con la mayor solemnidad»; «hicimos hoy también la consagración a nuestra excelsa Patrona, la siempre Virgen María Inmaculada», son pequeñas referencias de las numerosas que encontramos en los diarios de las casas) D Sal 1, p 85 y 6, p 18).

3. *María Inmaculada, nuestra Madre.* Con una relación de amor, ternura, confianza. Estas actitudes son invocadas constantemente por la M. Cándida y da por segura la respuesta de María, nuestra Madre.

Va en esta línea el «vivir», «estar», «ponernos bajo su manto» o las invocaciones con que la M. Fundadora abre la mayoría de sus cartas: «La Purísima Virgen nos proteja» y «La Purísima Virgen nos cubra con su manto» Esta última es la que permaneció como definitiva a partir de 1889; el significado de las dos es análogo, se resumen en un acto de confianza. La historia nos ha demostrado que sus hijas continuaron profesando ese mismo acto de confianza y lo proyectaron en las colegialas, que durante mucho tiempo iniciaron también su correspondencia con «La Purísima Virgen nos proteja».

Confianza, y también ámbito de familia: allí, «bajo el manto», nos encontramos todas. La Inmaculada es una presencia que cohesiona la comunidad de las Hijas de Jesús, que crea comunión; de ahí, la alegría y la potencia de convocación propia de sus fiestas, sobre todo de la gran fiesta de la Inmaculada.

Y siempre dentro de este matiz materno, la Purísima es también compañera, ayudadora de la vida, sobre todo en los momentos difíciles en los que se experimenta más vivamente la propia pobreza.

La devoción hacia Ella en las Hijas de Jesús es una especial relación que tiene como características a la vez el amor, la admiración, el recurso confiado, la seguridad de su protección, la ternura y profusión de las expresiones de culto. Y también «las flores y los obsequios», es decir, el compromiso puesto sobre todo en la imitación a sus actitudes.

Imitarla es una exigencia filial: «A ver si imitamos a Nuestra Purísima Madre ofreciendo muchas flores de virtudes» (MF I 33); se la imita en su pureza, en su humildad, en su abnegación... Y por el camino de la imitación, estamos llamadas a vivir en fidelidad filial (cf MF III86)

4. *María Inmaculada nos lleva a Jesús.* La M. Cándida que «desde pequeñita llevaba flores a Jesús y María» (Inf FI 18, p 8), mantiene este modo espiritual de ser a lo largo de su vida y nos lo transmite cuando nos habla de María vinculada a Jesús, principalmente como su Madre.

En primer lugar, María es nuestra intercesora junto a su Hijo para alcanzar todo tipo de bienes. A Él le pedimos la salud «por intercesión d la Purísima Virgen» (MF II 54); pedimos que Ella «nos alcance de su Santísimo Hijo las gracias» (MF I 196), «abundantísimas gracias y bendiciones» (MF II 80); pedimos «a la Purísima Virgen que nos tenga bajo su manto y nos alcance de su Divino Hijo y nuestro amado Jesús la gracia de la perseverancia fiel en la Congregación de las Hijas de Jesús» (MF I 241).

En algunos casos, será la Virgen Inmaculada quien nos ayuda a participar en los misterios de la vida de Cristo y a abrirnos a la gracia que de ellos brota: «Y la Purísima Virgen las bendiga y abraze sus corazones en el divino amor, para que así podamos recibir al Niño Dios» (MF I 15), nos dice la M. Fundadora a propósito de la Navidad.

María Inmaculada es Modelo, Camino para nuestra identificación con Jesús. María nos enseña a ser «verdaderas Hijas de Jesús», según la concepción espiritual de la M. Cándida: «Que Ella nos comunique sus virtudes con las cuales podamos ser verdaderas Hijas de Jesús» (MF IV 179) Al comunicarnos sus virtudes, la Virgen Purísima nos lleva a vivir ese ideal que la M. Fundadora nos propuso y que es la encarnación fiel de nuestra consagración religiosa, según las exigencias evangélicas de nuestro Instituto.

5. *Visión de conjunto.* En esta experiencia mariana de los primeros años, está el núcleo de lo que es la Inmaculada para las Hijas de Jesús. «Inmaculada» o «Purísima» –que en este caso son sinónimos- es el nombre que la M. Cándida y nuestras primeras Hermanas prefieren al referirse a María.

5.1. Ahora bien, si esta Mujer así nombrada es, a la vez, Madre y Patrona, amparo y ayudadora, modelo de todas las virtudes, camino que nos lleva a Jesús. Aquella que con su presencia «hace», «construye» la Congregación, quiere decir que «Inmaculada» es un término que la designa a toda Ella en su modo de ser, en su gracia ante Dios y también en su relación con la humanidad.

5.2 «Inmaculada», en la vivencia espiritual de la M. Cándida y de sus hijas, incluye, si, el «concebida sin pecado original», pero es mucho más: significa la condición personal de María, muy cercana a Dios porque es amada por Él y es toda respuesta a Él. Y, porque está llena de la gracia y del amor de Dios, es cercana a nuestra pobreza, nos invita a poner en Ella la confianza y nos ofrece su protección.

Una mujer «Pura», «Purísima» en el sentido más auténtico y total de la palabra: sin ruptura interior, sin pecado, salvada desde el comienzo de su existencia y, por tanto, en perfecta armonía.

Por eso, Ella resplandece en su hermosura ante las Hijas de Jesús, que le dedican expresiones de admiración escritas en un lenguaje incluso ingenuo, pero en todo caso lleno de amor.

5.3. La «Purísima» -no puede ser menos- está constantemente presente en la acción educativa de nuestras primeras hermanas: éstas transmiten la misma Virgen que ellas viven. Por eso, las personas que la tratan saben que comunican a María Inmaculada, Figura de mujer, Madre y Patrona, Camino que nos lleva a Jesús.

A la Purísima quiere la M. Cándida que le pidamos mucho para que las niñas san buenas y adelanten en la virtud y en el saber (cf MF II 439). A ellas, a los niños y a las dominicales, hay que enseñarles a amar, conocer y tener verdadera devoción a la Virgen Inmaculada; hay que procurar que la imiten; más aún, hay que estimularlas a que le ofrezcan «flores y obsequios», que es igual que compromisos para comportarse bien.

Además de esta educación cristiana, con vivo sello mariano, desde 1972 la M. Cándida proyecta que las Hermanas formen “una Congregación de la Purísima Concepción a la que sólo pertenecerán las niñas de mejores notas y conducta en todo” (FI 134). Un grupo selecto de niñas a quienes se les puede estimular más a la devoción a María, al compromiso cristiano y al cumplimiento de su deber.

Nuestra acción educativa, pues, nace bajo el signo de la Virgen Inmaculada; ante los ojos del alumnado. Modelo de mujer, amparo, fuerza, esperanza.

II.- EN LA TRADICIÓN, A PARTIR DE LA MUERTE DE LA MADRE FUNDADORA

Vamos asomarnos a la tradición, para hacer de ella sólo una lectura elemental e, incluso, parcial. Se trata de percibir, con una mirada rápida y en pinceladas sueltas, cuál ha sido la experiencia congregacional en torno a María Inmaculada. Y lo haremos únicamente a través de dos canales: las Congregaciones Generales y las cartas circulares.

Por otra parte, la Congregación General Especial, en 1971, marca para nosotras el comienzo de una nueva etapa histórica, etapa postconciliar. Podríamos decir que en 1971 iniciamos el período contemporáneo: la marcha congregacional desde incide, de un modo o de otro, sobre nuestro presente en los diversos aspectos de nuestro vivir, también en la espiritualidad mariana.

Esto supuesto, dividimos la tradición para esta visión panorámica en dos tiempos: antes y después de la Congregación General Especial.

A. DESDE 1912 HASTA 1970

Sucede respecto a María como en tantos otros puntos: la Congregación, en los años que siguen a la muerte de la M. Cándida, vive con intensidad lo aprendido junto a ella. Y hasta puede decirse que, en determinados momentos, se adivina una atención o preocupación especial por que no se pierdan algunos matices característicos de su experiencia mariana. Pero, por muchos años, esta experiencia no se pone por escrito.

Las Congregaciones Generales son parcas en palabras en cuanto al tema mariano. Sólo a partir de la Congregación General Especial tendremos una expresión relativamente completa de lo que significa María Inmaculada para las Hijas de Jesús.

En cuanto a las cartas circulares de las Superiores Generales, van siendo progresivamente más explícitas sobre el tema de la Virgen, reflejando en numerosas ocasiones la experiencia y la reflexión eclesial del momento e relación con María.

1. *Según las Congregaciones Generales.* Las nueve primeras son poco explícitas en materia mariana. Esto es fácil de comprender teniendo en cuenta el estilo de sus conclusiones: «Acuerdos» o «Avisos» que iban más bien a concreciones prácticas de la vida. Sobresalen, con todo, algunos puntos que vamos a destacar.

1.1 La Congregación Mariana. Aquella Congregación de la Purísima Concepción, implantada en nuestros colegios por voluntad expresa de la M. Fundadora y ya en sus tiempos, ha sido objeto de atención en bastantes Congregaciones Generales.

Tanto es así, que el acuerdo 1 de la CG III (1913), es decir, la primera celebrada después de fallecer la M. Fundadora, dice: «Como nuestra Congregación está bajo la

protección de la Inmaculada, se desea que la Congregación de Hijas de María se establezca en todos nuestros Colegios, fomentando lo más posible la devoción a la Virgen».

Todavía en otras Congregaciones Generales se vuelve sobre el mismo punto, con las determinaciones y posturas siguientes: Las Hijas de María pueden asistir a la hora santa de los primeros sábados de mes (cf CG V -1937- a. 15). Se valora la consagración a la Santísima Virgen en la Congregación Mariana, que para las jóvenes viene a ser lo que los votos para las religiosas (cf CG VI -1946- a. 104). Selección, formación y apostolado de las Congregantes (cf CG VII -1953- a. 97 y 98). La Congregación Mariana bien organizada es el mejor medio de formación para nuestras alumnas (cf CG IX -1965- Apostolado- Asociaciones).

1.2 Celebración de los días 8 de cada mes. Teniendo su punto de partida esta sana costumbre en el artículo 18 de las Primitivas Constituciones, hay una insistencia continuada por conservarla y llenarla de sentido, de acuerdo con la orientación que le dio la M. Fundadora en el artículo dicho.

«Que el día 8 de cada mes se rece, cuando menos el rosario y la coronita de la Virgen» (CG III -1913- a.1). «Se recomienda que sigamos celebrando con todo fervor los días 8 de cada mes, dándoles carácter mariano y vocacional» (CG VIII -1959- a. 100). «También se tocará el armonium durante la Santa Misa» (Id a.42). «Se recomienda nuevamente que sigamos celebrando con todo fervor los días 8 de cada mes, dándoles carácter mariano y vocacional» (CG IX -1965-). «Se tocará el armonium durante la Santa Misa» (Id). «Debe continuarse la costumbre de privarnos del postre los días 8 de cada mes... ofreciendo esa pequeña privación por el aumento de vocaciones» (CG IX -1965-).

1.3. Por lo demás, algunas Congregaciones Generales recomiendan actos concretos de devoción mariana, aparte de los establecidos ordinariamente.

2. *Cartas circulares de las Superiores Generales.* La denominación de «Inmaculada» con sus variantes –Virgen Inmaculada, María Inmaculada, Madre Inmaculada, Reina Inmaculada, Inmaculada Virgen María, Inmaculada Concepción- sigue prevaleciendo en unos caso más que en otros. Junto a Ella, su equivalente, «Purísima», también con variantes, es más usado en los comienzos que después.

Ángela Cipitria es la que proporcionalmente se sirve más de estas denominaciones. Después, sin que ellas desaparezcan, van acentuándose otras y surgiendo nombres nuevos: Estrella de nuestros caminos, nuestra Madre, La Santísima Virgen, la Virgen y María, parecen ser con mucho los más utilizados. Pero también otros, como Nuestra Señora, Madre de la Iglesia, Madre del Instituto.

Las cartas circulares recogen insistentemente e eco de que la Congregación ha nacido bajo el visible amparo y particular protección de la Virgen Inmaculada, y de que Ella es la estrella en los caminos de las Hijas de Jesús. Es el testimonio escrito que revela una conciencia continuada de su presencia y protección. La Congregación «guarda memoria», la «memoria de la fe», respecto a estas experiencias. Y esa memoria aflora en los escritos de sus Superiores Generales. Esta relación con María, esta devoción «es un regalo, distinción y fruto que heredamos sin merecerlo» (M. Inbarren cc 124).

Sobre este fondo, podrían destacarse tres aspectos como pistas para esclarecer el significado de la Inmaculada en la Congregación.

2.1. María frente al pecado. M. Inbarren ruega ante Ella por las graves circunstancias del mundo (cf cc 138). S. Larrañaga insiste en que se procure «considerar cómo podremos tomar parte en este adorable privilegio de María, ya que Ella se ha constituido Capitana de un ejército, que tiene por lema de su bandera luchar contra el pecado en todas sus manifestaciones» (cc 9). Y significativamente propone, como mensaje de la Inmaculada, la «campana de exquisita caridad que Ella desea, evitando toda mínima falta contra esta virtud en el juzgar, en el hablar y en el obrar» (cc 45).

María, en su condición de Inmaculada, es el puro contraste con el pecado, la figura que ilumina ante la oscuridad. Esta línea va en las cartas circulares desde la intuición de rogar ante Ella por el mundo, hasta considerarla Capitana de un ejército de lucha contra el pecado o fuente de un mensaje de caridad para la Congregación que pide evitar contra el amor.

2.2. María, propuesta como Ideal o Modelo. En 1954, año santo mariano, S. Larrañaga propone a todas las Hermanas «un ideal, pero no un ideal abstracto, sino aquel que encontramos siempre en el corazón y en el alma de la Santísima Virgen, al propio Jesucristo» (cc 9). Y continúa, «como en el corazón de la Santísima Virgen hemos encontrado el ideal, en este mismo corazón trataremos de conocerlo, amarlo e imitarlo» (id).

Se trata de estar «bien saturadas de su espíritu, bien llenas de los sentimientos de esta dulce Madre». (M. Inbarren cc 43); de vivir «la imitación intensamente procurada de todas sus virtudes» (S. Larrañaga cc 19); de confrontar nuestro proceder con Ella, de modo que no pase día sin que... a los pies de María Inmaculada piensen detenidamente sobre sus obligaciones (cf E. Andrés cc2).

Particularizando. Ella es Modelo de la vida religiosa (M. Inbarren cc34 Maestra de oración (S. Larrañaga cc 58), primera Educadora (S. Larrañaga cc 21).

2.3. Estrella en nuestro camino de renovación. Es especialmente significativa la insistencia con que V. de Santos pone a la Congregación bajo el amparo y protección de la Inmaculada Virgen María, al acoger las orientaciones del Concilio. Si María iluminó el nacer de la Congregación, «a Ella le corresponde seguir guiándola y alentándola maternalmente» (cc 2), «en estos momentos tan importantes para el bien y la marcha del Instituto» (cc 11). «Su protección se hará más intensa en estos momentos decisivos de una revitalización y adaptación del carisma congregacional» (cc29). «Que la Inmaculada sea la estrella que ilumine y guie a la Congregación en este camino de renovación emprendido» (cc 32).

B. DESDE 1971 HASTA 1983

En Este espacio de tiempo vamos a destacar sólo cuatro hitos, especialmente significativos para nuestra trayectoria mariana.

1971. Congregación General Especial. Cuando, por primera vez en la historia de la Congregación, se formula en una Congregación General la propia experiencia carismática de un modo sistematizado –preguntándose: Congregación, ¿qué dices de ti misma?, como un eco del: Iglesia, ¿qué dices de ti misma? de los años conciliares-, el tema de María es tratado con detención. En este tratamiento se formulan y explicitan, en perfecta armonía con toda la trayectoria anterior, los rasgos de nuestra relación con la Inmaculada: el modo de contemplar a María que es característico de las Hijas de Jesús. Menciono sólo tres líneas por tener una incidencia mayor en la Inmaculada.

a) María es «Ideal, guía, maestra de vida consagrada» (1,28). «Tiene un lugar especial en la vida de quienes pertenecen más íntimamente a Cristo por su consagración religiosa» (4, 8).

b) «En este hacernos cada día más conformes con la imagen de Cristo en comunión total con el querer del Padre, tenemos ante los ojos un Modelo, la Virgen María» (9,21).

c) Una «traducción» de la Inmaculada María, como Mujer por excelencia, propuesta como Modelo, meta a la que debemos tender en la educación de las alumnas (cf 12,4 y 14,16).

En estos textos se capta ya la referencia, directa o implícita, a los Documentos del Vaticano II. De hecho los Decretos de la Congregación General Especial son nuestra primera expresión de la etapa postconciliar.

1974. Carta Circular de Carmen Zamalloa dedicada a «la presencia de María en el Instituto». Acababa de publicar Pablo VI la exhortación apostólica «Marialis Cultus». Y, acogiendo la llamada del Papa a «los responsables de las distintas familias religiosas»

(MC 40), C. Zamalloa se sintió urgida a compartir con todas las Hermanas una reflexión, de la cual brotase el correspondiente cuestionamiento para seguir alimentando la vitalidad de la gracia mariana en el Instituto.

Partiendo de la «Marialis Cultus» y, por tanto, de María, examina las grandes inquietudes que entonces vivíamos como Congregación. Este enfoque existencial va unido a una línea mariológica intensamente postconciliar. Están presentes ya, en esta carta circular, las grandes pautas de la mariología contemporánea.

Lo están, asimismo, en varias de las continuas referencias a María que aparecen en las cartas circulares de C. Zamalloa, como son: la contemplación del misterio mariano inserto en el misterio de Cristo y de la Iglesia (cf cc 12, María, Modelo «de nuestra vocación de Hijas de Jesús en el hoy de la Iglesia, comprometidas a fondo en la construcción de un mundo nuevo» (cc32). «Madre y modelo de los catequistas» (cc 37). «Madre y modelo de los educadores en la fe» (cc 44), María y la Iglesia de América Latina (cf cc 35). María y la Pascua (cf cc 49 y 50).

1977. Congregación General XI. En ella sólo hay dos textos marianos, pero muy significativos. El primero usado y comentado varias veces por las Superiores Generales y asumido substancialmente en DNC, dice así: “La presencia de María, «nuestra Madre y Señora», en el instituto sigue siendo para cada una de nosotras signo y fuerza en este «servir a Dios nuestro Señor», viendo en Ella la mujer fiel al Padre en la misión recibida en favor de los hombres” (1, 12).

El segundo texto es un estímulo a las formas de piedad que expresen nuestra experiencia espiritual mariana.

1983. Congregación General XII. Es la hora de nuestras Constituciones. La Congregación recoge en ellas las fuentes más genuinas, todo lo que la M. Fundadora quiso para las Hijas de Jesús. Nosotras las tenemos entre las manos y estamos llamadas a conocerlas y sentirlas desde el corazón.

En ellas nos encontramos, en síntesis intensa pero clara, a las grandes líneas marianas de nuestra espiritualidad. Por no poder tocar las Constituciones a fondo, prefiero evocarlas con mucha reverencia y amor y dejarlas a vuestra posterior consideración personal.

PARTE SEGUNDA

LA INMACULADA EN LA ERA POSTCONCILIAR DE LA IGLESIA

El Vaticano II supone una reorientación de la mariología. Él situó a María en el misterio de Cristo y de la Iglesia; eso es lo mismo que situarla dentro del Misterio e nuestra salvación, superando así los posibles riesgos de una mariología autónoma o independiente. Esta es una visión nueva respecto a los tiempos anteriores, tanto que algunos enfoques el pasado poco a poco han ido retirándose, de hecho, a los archivos de la historia de la teología; por eso, visión nueva, pero visión antigua a la vez, porque con ella resituamos a la Virgen en el lugar mismo que había tenido en la tradición primitiva de la Iglesia.

Con todo, a la vez que nos hacemos eco de esta mariología decididamente orientada por las pautas conciliares, hemos de tener en cuenta que sigue siendo fuente de inspiración mariana el sentir del pueblo, la piedad de la gente sencilla, la devoción de personas y comunidades cristianas que viven entre las distintas naciones de la tierra (cf RM 48).

Por supuesto, sigue siendo fuente riquísima de inspiración para nosotras la experiencia mariana de nuestra M. Fundadora y nuestra tradición. Su actualización es cuestión solamente de algunos enfoques y lo es, sobre todo, de enriquecimiento.

A la luz de todos estos datos, ¿cómo reflexionar hoy sobre María?, ¿cómo vivirla en nuestra espiritualidad y presentarla en nuestra catequesis?, ¿qué aspectos habría que potenciar para que la Virgen entrase de lleno en nuestra vida y misión?; ¿qué líneas pastorales promover para ayudar a hacer “vida de fe” la “doctrina de fe” sobre María?

A continuación, vamos a intentar responder, en algún grado, a estos interrogantes mirando a la Virgen desde un solo perfil, el de su Inmaculada Concepción.

Nos situamos, pues, desde esta perspectiva de la Inmaculada Concepción de María, la que tantas veces tomó nuestra M. Fundadora y tantas veces hemos tomado las Hijas de Jesús a lo largo de nuestra historia.

Pero a la vez que miramos a la Inmaculada, hemos de abrirnos a que su luz refleje sobre nuestras vidas, nos ilumine y nos anime a caminar con orientación cierta. Hacemos, pues, una contemplación práctica; sería algo así como lo que dice San Ignacio: «ver a nuestra Señora... y reflectir para sacar provecho de tal vista» (EE 106).

En conformidad con esto, desarrollaremos la visión global de María, la Inmaculada, en cuatro pasos o, mejor, en cuatro secuencias, concatenadas entre sí, pero cada una con su identidad propia. Son las siguientes:

1. *Vocación* de María, elegida la primera desde toda la eternidad como mujer salvada, liberada.
2. Elegida para una *misión* que la constituye siguiendo a Jesús, la primera evangelizadora, liberadora con El.

3. Esta elección es más fuerte que toda experiencia del mal y del *pecado*.
4. Y más fuerte que la muerte, siendo así María señal de esperanza cierta.

Secuencia 1. *ELECCIÓN DE MARÍA*

1. Tendríamos que empezar recordando que todas las personas hemos sido elegidas desde la eternidad. Dios tuvo un proyecto sobre nosotros para salvarnos. Nos llamó, nos eligió de antemano, para que «al llegar la plenitud de los tiempos» (Ef 1, 10), entráramos en el plan de salvación, de felicidad, por medio de Jesucristo. Y esto se nos ha revelado, sólo se entiende en oración, en la fe.

Ahora bien, una mujer, María, ocupa un lugar de preferencia en esta elección, en este proyecto de Dios. Tan particular es su lugar, que la llamada que recibe, su vocación-misión, consiste en que sea «la Madre de Aquel a quien el Padre ha confiado la obra de la salvación» (RM 7). Y así, al llegar dicha plenitud de los tiempos, Dios envió al mundo a su Hijo Jesús, nacido de esta Mujer, para que todos pudiéramos recibir la filiación adoptiva (cf Gal 4,4).

Esta es la vocación-misión de María Santísima, su llamada a participar en la salvación del mundo siendo la Madre de Jesús.

2. Para responder a una llamada «del todo excepcional y única» (RM 9). Dios prepara a María haciéndola especialmente salvada y liberada la más excelsa de las personas redimidas por Cristo. María es la «primera redimida», «Madre del Redentor y el más sublime fruto de la redención», «alborada de la redención... que es liberación del pecado» (cf Juan Pablo II textos diversos).

Esto quiere decir que, desde el momento mismo de su concepción, Dios hizo a la que iba a ser su Madre «llena de gracia»; la «llena de gracia» por elección, sentido de su existencia, la «llena de gracia» va a ser su nombre, más significativo aún que su nombre individual, María.

Ahora bien, la gracia es «el fruto redentor de Cristo» (LG 55). Y María, inundada de esta gracia redentora desde que es concebida en el seno materno, desde el primer instante de su existencia, queda preservada del pecado original, queda liberada de la esclavitud en que la humanidad habíamos caído por el pecado de origen... Y, libre de toda mancha de culpa original, María es totalmente y desde siempre elegida en el Amado, la llena de gracia en Cristo (cf Ef 1,4-5), la Inmaculada en su concepción.

Así, María es la única madre que, en el orden de la gracia, recibe la vida de Aquel al que Ella misma dio después la vida como madre, en el orden de la generación terrena (cf RM 10). Es, como la llama la liturgia, «Madre de su Progenitor». Y Dante, en el canto XXIII del Paraíso de la Divina Comedia la saluda diciéndole: «Hija de tu Hijo».

3. Veneramos el misterio con respeto y reverencia, mientras miramos a María con los ojos limpios de la fe y le susurramos, haciendo silencio sereno en nuestro corazón: ¡Madre de tu Progenitor, Hija de tu Hijo, llena de gracia, Inmaculada!

Y con el pueblo, que entiende del misterio lo que puede, pero lo vive con calor, seguimos susurrando: «Limpia y pura Concepción de la Virgen María», «Sin pecado», «Sin mancha», «Sin mancilla», «Pura», «La Purísima»...

Y nos quedamos contemplando a María como Mujer salvada, Mujer totalmente liberada, porque recibió una llamada especial, fue elegida la primera desde toda la eternidad.

Secuencia 2. *ELEGIDA PARA UNA MISIÓN*

1. La elección extraordinaria de María por parte de Dios, su Concepción Inmaculada, su plenitud de gracia, determinan la extraordinaria grandeza y belleza de su ser. Pero, además de exaltar a la Virgen entre todas las personas del mundo, esos dones, ante todo, dones de misión y para una misión. Si su gracia es especialísima, se debe a que también lo es la misión que, en favor de toda la humanidad, el Padre decidió encomendarle: ser la Madre mesiánica de su Hijo hecho carne (cf RM 9).

Según esto, María ha sido creada Inmaculada para que pudiese actuar mejor en favor nuestro, para que pudiese realizar su misión de colaboradora en la obra de la salvación. Al enriquecerla con una gracia del todo singular en el mismo instante de su concepción. Dios la preparó desde el principio de su existencia, para que pudiese responder a su misión en generosidad plena, con una capacidad de servicio sin reservas (cf LG 56).

En síntesis, María desde su concepción Inmaculada, se dispone dignamente para su oficio mesiánico de Madre del Redentor (cf RM 10). Y en su misma Concepción Inmaculada es ya el preludio de la gracia salvadora de la Pascua (cf RM 1).

2. Esta vocación-misión de María supone en Ella, desde el momento culminante de la Anunciación, «una apertura total a la persona de Cristo, a toda su obra y misión» (RM 39); María pasa a ser la «compañera singularmente generosa» (LG 61) del Mesías, colmándose cada vez más de ardiente amor hacia todos aquellos a quienes estaba dirigida la misión de Cristo (cf RM 39).

Desde las raíces profundas de su Concepción Inmaculada, vamos a contemplar, ya en el conjunto de su vida, algunos rasgos de su postura y misión, iluminadores a su vez de nuestra propia postura misionera.

3. *María, mujer de Evangelio*. Ella fue la primera evangelizadora (cf Lc 1,26-28) y la primera evangelizadora (cf Lc 1,39-56); la que acogió con fe la Buena Nueva de la salvación y la transformó en anuncio, canto y profecía. Su forma de proceder en misión está marcada siempre y desde el principio por el carácter radical de su «sí», que la llevó a una adhesión plena a Jesús y su Evangelio, todo el Evangelio. Este es el dinamismo misionero de María, siempre en radicalidad evangélica.

Nuestras vidas son complejas, nuestras organizaciones complicadas y nuestra sociedad manifiesta, en muchos casos, grave crisis de valores espirituales. Más allá de estas situaciones y de la agitación que nos marca a las personas hoy, estamos llamadas

a asimilar el sentido radical del «fiat» de María, a fortalecer nuestra adhesión al único Salvador, a hablar del Evangelio como lo verdaderamente necesario, con las palabras y gestos de todos los días. Nos toca convertirnos en Evangelio para la gente de nuestro tiempo, así como María llegó a ser Evangelio en toda su radicalidad.

4. *María Mediadora de vida.* Ella fue la primera en experimentar en sí misma, desde su Concepción Inmaculada, los efectos de la mediación de Jesús. Disponible después a la maternidad divina, la asumió con donación plena a Cristo. Y por este camino, su Hijo la fue preparando cada vez más para ser Madre de los hombres, Madre en el orden de la gracia (cf RM 39).

María, nuestra Madre, fue una mujer para los demás y no para ella misma; se sabe intermediaria de salvación entre Cristo y nosotros; es Mediadora de vida para los hombres.

Por nuestra parte, recibimos la vida; pero, además, estamos llamadas a promover la vida a nuestro alrededor, en el ejercicio de nuestra misión. Por eso, debemos preguntarnos si nos entregamos, como María, en donación total a colaborar a la vida de nuestros hermanos, si con nuestra misión procuramos hacer brotar la vida en solidaridad con los demás.

María fue mediadora de vida de un modo especial y extraordinario. Pero a nosotras también Dios nos mira y nos llama a suscitar vida entre nuestros hermanos, vinculadas a Cristo, único Mediador, porque somos miembros de la sociedad humana, solidarias en su historia de ruina o de salvación. De hecho, María es llamada muy personalmente, pero no en exclusividad; es llamada para la salvación del mundo, una salvación en la que todos –nosotras- debemos transformarnos junto a Cristo en mediadores de vida.

5. *María liberadora.* La descubrimos también como mujer encilla y fuerte, «que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (cf Mt 2,13-23): situaciones todas éstas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad» (Mc 37).

Además, María vivió abierta a Dios escuchando su Palabra y abierta también al pueblo, cercana a él y dispuesta a su servicio, compasiva, eficazmente solidaria con Él.

Y Ella, la Virgen de Nazareth, canta en el Magnificat al Dios de la Alianza, que es a la vez el que «derriba del trono a los poderosos, enaltece a los humildes, a los hambrientos colma de bienes y a los ricos los despide vacíos... dispersa a los soberbios... y conserva su misericordia para los que le temen»...

«La Iglesia, acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del Magnificat, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de su amor preferencial por los pobres y los humildes, que, cantado en el Magnificat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús» (RM 37).

María con su propio misterio, con su hacer y con su palabra, acompaña a la Iglesia en su tarea de liberación integral, esa liberación que mira a la totalidad de los hombres y de los pueblos. La Virgen de Nazareth, en nuestro rezo diario del Magnificat, nos está estimulando a traducir, en gestos concretos y actitudes duraderas de conversión, nuestro compromiso en una línea de liberación evangélica que transforma la sociedad e acuerdo con el proyecto de Dios.

«Al lado de su Hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos» (RM 37). La Iglesia -nosotras- debemos mirar a María, mujer libre y liberadora, Madre y Modelo, que nos orienta para responder desde la fe al compromiso de una evangelización según los desafíos de hoy y para comprender en su integridad el sentido de nuestra misión.

Secuencia 3. *ELECCIÓN MÁS FUERTE QUE TODA EXPERIENCIA DEL MAL Y DEL PECADO*

1. Juan Pablo II, afirma, con la fe eclesial, que María fue concebida sin pecado (cf RM 10) Para responder a su misión, la entrega total a la obra de Jesús en favor de los hombres, fue liberada del obstáculo que le hubiese supuesto ese «misterio de iniquidad», a la hora de su incondicional donación al proyecto del Padre sobre Ella. Por eso, fue «plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu» (LG 56).

Pero la ausencia de pecado no es una meta: es, más bien, un punto de arranque. Desde esa inmunidad de toda mancha de pecado, se abre una panorámica inmensa, que nos permite contemplar a María Inmaculada inserta a su vez en un mundo y en una historia de pecado. Vamos a contemplar activamente algunos puntos de esa panorámica general.

2. *María en el centro de la lucha contra el pecado.* Así nos la presenta la Sagrada Escritura. Ya en el Génesis, Dios nos promete, que el «linaje de la mujer» derrotará el mal del pecado en su misma raíz y «aplastará la cabeza de la serpiente» (cf GN 3,15). Pero esto, mientras dure nuestra historia, no se hará sino en la lucha tremenda entre la luz y las tinieblas. Esta «enemistad», anunciada en el Génesis, es confirmada en el Apocalipsis, donde vuelve de nuevo la señal de una mujer que lucha con un dragón (cf Ap 12,1-9).

En el centro mismo de esa «enemistad», de esa lucha que acompaña nuestra historia de dolores, angustias y pecado, está María. Porque de su linaje, «el linaje de la mujer» viene la salvación. (cf RM 11).

En la primera semana de los Ejercicios Espirituales, Ignacio nos invita a pedir a Nuestra Señora una mejor comprensión del pecado. ¿Qué sabe la Inmaculada del pecado?, nos podemos preguntar. Pero ¿cómo no saber del pecado si está en el corazón de la historia del pecado y coopera en la obra del Cordero que quita el pecado? (cf Jn 1,29).

La lucha que la Virgen Inmaculada inspira contra el pecado es para nosotros una invitación a participar en esa lucha, dentro de nuestro ámbito personal, primero, y en nuestro entorno después. Lucha que se dirige también hoy contra lo inhumano que

está presente en nuestra sociedad: inhumanidad que debemos con toda valentía llamarla pecado. Unidos en el combate con María, tendremos que denunciar lo inhumano de nuestra sociedad y luchar por los valores humanos de vida y de amor, de justicia y de paz, de realización del plan de Dios para el mundo.

Al contemplar a la Inmaculada, inmune de pecado, queda al descubierto la realidad del pecado de lo inhumano, en toda su verdad cruel. Pero queda también patente su derrota, pues Cristo ha vencido a este pecado. Y María Inmaculada aparece como el primer fruto de esa victoria de Cristo en bien de la humanidad.

3. *Plenitud de amor.* El pecado, que no es sino egoísmo, no cabía en la existencia de una mujer que, por elección de Dios, estaba del todo orientada a la misión liberadora del pecado. Ella fue lo contrario al egoísmo, toda Amor.

A la luz de nuestras experiencias de amor generoso y de no vivir concentradas en nuestro yo, podemos entender mejor y conmovernos al saber que en nuestra propia raza, caída y pecadora, hay una Mujer que ha sido desde siempre totalmente pura, donación amorosa y que ha llenado el ideal de Dios sobre lo que debe ser una persona humana.

Desde su plenitud de amor, la Virgen Inmaculada, Modelo de creatura, nos está impulsando a un olvido de nuestro yo, al no egoísmo y a un compromiso serio de amor a Dios y en favor de nuestros hermanos.

4. *Un reto al pesimismo.* La inmunidad de pecado en María, nos está diciendo que el origen y término del hombre no es el mal, sino la gracia. No podemos ver en el mal la raíz de lo humano y el dominador de nuestra existencia María Inmaculada nos revela que esa no es la realidad; por ello, es un reto al pesimismo. En este sentido, nos manifiesta que nuestra existencia está desde sus orígenes bajo el signo de la misericordia de Dios, más fuerte que el pecado; éste no es más que humano; la misericordia, en cambio, resplandece frente a él con toda la potencia del Dios de amor.

María fue la primera en recibir la misericordia y alegrarse con ella; nosotros, aunque pecadores, no estamos sometidos sin remedio al pecado y al mal; somos los hijos eternamente buscados por el Padre, ricos en misericordia, siempre dispuesto a ayudarnos en nuestro proceso personal de liberación.

Desde esta serena convicción, levantamos la mirada encendida por la esperanza, para contemplar a María Inmaculada, porque es la misma gracia que a Ella la preservó la que a nosotros nos perdona y purifica. La Virgen Inmaculada es el signo viviente de quien tiene señorío sobre el mundo, no es la fuerza del pecado y del mal, sino la gracia redentora de Cristo.

5. *Cercanía de María.* Al creer que la Virgen está libre de todo pecado, podemos correr el riesgo de confinarla a una especie de vida celestial, lejana de nuestra vida diaria pecadora; como si su privilegio fuera tan eminente, que la situase por encima de la Iglesia y en la práctica la hiciese muy distinta de nosotros, pobres pecadores que no podríamos contemplar fácilmente en Ella nuestra propia imagen de cristianos.

Pero no; la Virgen Inmaculada no es lejana y menos inaccesible: nos une y nos salva el mismo Jesús de la Pascua, sólo que a Ella anticipadamente; este vínculo la sitúa del todo cercana a quienes hemos nacido bajo el signo del pecado.

María, mujer sencilla, tuvo una existencia semejante a la nuestra; conoció las dificultades de cada día y las pruebas; vivió en la oscuridad que lleva consigo la fe. No menos que Jesús, experimentó la tentación y el sufrimiento de luchas interiores. Compartió con nosotros todo cuanto pertenece a nuestra condición terrena, con lo que tiene de exigencias y de dolor (cf Juan Pablo II 1983).

Cercana a la historia de los hombres; y tan cercana a la Iglesia, que es miembro suyo y está unida de modo particular a ella. Tras María, primera creyente, tipo y Modelo para los demás, vamos todos los miembros del Pueblo de Dios que tomamos parte en su misma peregrinación de fe. Ella precede nuestra andadura y, al hacer juntos el camino, nos está diciendo que tal andadura tiene un sentido, y un futuro porque, a pesar de las dificultades y sufrimientos, del mal y del pecado, desemboca en la victoria final.

Secuencia 4 *ELECCIÓN MÁS FUERTE QUE LA MUERTE*

1. Libre, por obra de Cristo, del pecado de origen. María también está comprendida en su Resurrección de un modo particular y excepcional. Ya desde el momento de su Inmaculada Concepción, Cristo había vencido en Ella no sólo al pecado, también a la ley de la muerte, castigo del pecado (cf Juan Pablo II 1982). Esta victoria sobre la muerte se revela en la Asunción de María, que es plenitud del misterio iniciado en su Inmaculada Concepción, señal de la victoria definitiva sobre el reino del pecado y de la muerte, signo de libertad total.

Así, María aparece como la Mujer nueva, «tipo» y «figura» de nuestro destino. Es para nosotros motivo de esperanza, porque nos está manifestando que es posible el cambio, la victoria de la justicia, el triunfo de la vida sobre la muerte.

2. Tal vez en este momento histórico, la esperanza está más amenazada que nunca: tenemos motivos reales para preocuparnos ante las situaciones del mundo, también de la Iglesia y de la misma Vida Religiosa. Al mismo tiempo, la esperanza es más indispensable que nunca, esperanza que es fuerza en medio de los sufrimientos y de las pruebas, en medio de los contrastes que vivimos. María, con su triunfo sobre la muerte, os abre el horizonte para la esperanza.

Además, nos hace una llamada constante a esperar, a la vez que nos pone en tensión hacia la meta definitiva, hacia la victoria. Mientras recorremos el camino – nuestra historia de cada día –, Ella sigue siendo para el Pueblo de Dios –para nosotras– una señal de esperanza segura de consuelo (cf RM 11).

PARTE TERCERA

MARÍA INMACULADA, SIEMPRE ESTRELLA DE NUESTROS CAMINOS

1. *Es la hora de contemplar nuestra trayectoria histórica en torno a la Inmaculada a la luz que proyecta esta figura en la etapa postconciliar.* Desde esta luz potente, hacemos reflexión y análisis de nuestro recorrido, centrándonos fundamentalmente en el primer siglo de nuestra historia. Hacemos una autocrítica que nos ayude a ser más conscientes de nuestro patrimonio mariano, más gozosas de nuestro haber y más animadas para seguirlo cultivando.

1.1. La primera constatación es que la Inmaculada, nuestro nombre propio para María, designa – como sucede ordinariamente con los nombres – a la persona entera. Ninguna faceta de la personalidad de la Virgen queda vedada o ignorada al llamarla «Purísima», «Inmaculada». Sin embargo, eso no significa que el nombre quede vacío de relieve propio, que no tenga ninguna peculiaridad.

Al llamarla Inmaculada, estamos destacando en Ella la raíz profunda de su ser, la primera mirada amorosa del Señor que la elige y la prepara para ser su Madre, toda esa contemplación de María Santísima según la perspectiva que acabamos de esbozar desde la mariología del post-concilio.

Se me ocurre que sería algo así como observar la fotografía de nuestra madre desde una determinada posición, en la que algunos perfiles quedan fuertemente marcados de modo que, siendo toda ella misma, le dan a la vez su propia particularidad.

Inmaculada, tanto en nuestra historia congregacional como en la actual mariología, es una clave de lectura o de contemplación, que nos proyecta la figura de María desde una riqueza y hermosura singular.

1.2. Otra constatación muy importante y hasta evidente, es la total de unidad de vida y misión que constantemente se percibe en nuestra historia a propósito de María. Es idéntico el sentir mariano y similares sus expresiones, en comunidad y en la acción educativa. Proyectan las Hermanas la misma imagen de María que ellas viven y lo hacen con su mismo entusiasmo. Variará, sin duda, el grado o la intensidad, pero no el contenido ni el modo o el talante.

Entre las Hermanas y el alumnado hay sintonía en torno a la Virgen, los mismos perfiles propios de la Inmaculada, las mismas actitudes parecidas exigencias. La experiencia mariana de la Congregación es la que se anuncia. Y, al anunciarla y compartirla en misión, la Congregación recibe un crecimiento en esta misma experiencia.

1.3. Desde el punto de vista doctrinal, nos hemos limitado en nuestra historia al punto central del misterio de la Inmaculada: María concebida sin pecado original; por ello, con toda razón se la sitúa en el centro –Capitana- de la lucha contra el pecado, a Ella que es pura oposición al pecado.

La M. Fundadora, si lo hubiera podido hacer, habría aprovechado las intuiciones y horizontes de la investigación bíblica y teología moderna, para enfocar desde ellas nuestra espiritualidad mariana.

Llevar adelante ese enriquecimiento nos corresponde hoy a nosotras, las Hijas de Jesús de la Iglesia postconciliar. En escucha atenta al Concilio, a Pablo VI y a Juan Pablo II, es deber nuestro seguir asimilando el sendero marcado por la doctrina mariológica contemporánea.

Tenemos en este campo una tarea importante a todos los niveles: Individualmente, como miembros de la Congregación, como educadoras. No renovaremos adecuada y consistentemente nuestra espiritualidad mariana, si no entramos a fondo en estas bases doctrinales, arraigadas en nuestra fe, y por lo mismo, en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Doctrina que es mucho más que intelectual; es un saber más allá de la inteligencia, es saber y gustar desde el corazón.

Por vocación-misión nos corresponde ser personas cristianamente hechas, maduras, dentro del momento histórico en que vivimos, y serlo en relación con María, lleva consigo el crecer en el conocimiento de su persona –conocimiento intelectual-adentrándonos con holgura en el enorme horizonte mariológico que hoy nos presenta la Iglesia; en todo ello y, particularmente, en el bellissimo horizonte de la Inmaculada.

1.4. Si la expresión doctrinal en torno a María Inmaculada en nuestra historia es modesta y sobria, resulta sumamente gozosa y rica la expresión vivencial. Hay algunas constantes tan claras, que a nosotras mismas nos brotarían ahora con espontaneidad, de un modo idéntico a nuestras antecesoras, por una especie de instinto espiritual. Es algo así como la savia carismática que, desde la M. Cándida hasta hoy, corre sin tropiezos por nuestras venas. Hago notar con mucho gozo que estas expresiones vivenciales de nuestra historia mariana están en plena consonancia con la mariología contemporánea; de ahí se sigue que conservan totalmente su frescor y su actualidad. Recordemos algunas de esas constantes, frecuentemente mencionadas a lo largo de nuestra reflexión de hoy.

a) La Virgen; la Inmaculada, nuestra Madre y Patrona. Por eso, Ella es para nosotras protección, amparo, tutela, ayuda, defensa, seguridad; y nuestra respuesta a María se concreta en actitudes de amor, ternura, confianza, imitación, fidelidad, gratitud, admiración... respuesta propia de hijas.

b) Hay manifestaciones habituales, como la profusión de expresiones de culto, «las flores y los obsequios», la intensa celebración de sus fiestas –con mención totalmente especial para la Inmaculada- que son vínculo sensible de unión en las comunidades, en los centros apostólicos, en la Congregación. Es propio de María Inmaculada, como Madre y Patrona, crear comunión.

c) Más en concreto, María es Camino hacia Jesús, porque es nuestra intercesora, porque nos adentra en sus misterios, porque nos lleva a la identificación con El, porque nos enseña a ser verdaderas Hijas de su Hijo.

d) María es modelo de apertura a Dios- a su querer-, de entrega a Jesús haciéndonos cada vez más conformes con su imagen, de vida consagrada, de oración; Modelo de educadoras en la fe.

e) Y María es Estrella. Desde aquella tarde del 8 de diciembre de 1871, en que el P. Herranz, inspirado por el espíritu, hizo notar que empezábamos «llevando siempre por Estrella de nuestros caminos a María Inmaculada», a la Congregación esto no se le ha olvidado jamás. Es tan insistente el eco de aquel mensaje, que su presencia es rigurosamente continua en nuestra historia; no en Vno dice el P. Herranz que por Estrella la llevaremos «siempre».

2. *María Inmaculada, nuestra Estrella hoy.* Hoy también, la Iglesia sigue invocando a la Virgen como Estrella para el Pueblo de Dios. Sintiéndonos miembros de este Pueblo y desde la experiencia congregacional, hacemos nuestras esas invocaciones: observad que ser Estrella es decir relación con Jesús.

María es la «Estrella de la mañana», que precede desde su Concepción Inmaculada a la aurora y al sol de justicia, a Cristo (cf RM 3).

Es «como la estrella de Belén», que muestra dónde se encuentra el Hijo de Dios y a todos –lejanos o cercanos, creyentes o no– los conduce a Él (cf Juan Pablo II 1988).

Es «estrella de nuestra peregrinación en la fe». No deja de precedernos en el camino y avanza por él, manteniendo fielmente su unión con Cristo (cf RM 5).

Es «Estrella de la evangelización». Anunció la Buena Nueva de Jesús, antes de que Él mismo empezase a evangelizar. Y en la mañana de Pentecostés, presidió el comienzo de la evangelización (cf EN 82).

María Inmaculada es «Estrella de nuestra Congregación» siempre. Que Ella siga iluminando como hasta ahora nuestro caminar. Bajo su luz, se hace seguridad nuestra esperanza de encuentro con Cristo y de servicio a la humanidad al evangelizar educando.

Inés Laso FI